

EE.UU. como territorio de idas y venidas en la narrativa de Antonio Muñoz Molina

Francisco M. Carriscondo Esquivel (Universidad de Málaga. Campus de Excelencia Internacional Andalucía Tech)

esquivel@uma.es

Durante mi paseo a solas, viendo las sombras de la gente en la Praça da Figueira y luego en una calle larga y estrecha de la Baixa, me he acordado de algo que leí en un libro sobre el asesinato de Martin Luther King, algo que me hizo mucha impresión y que me llevó a escribir un arranque, el esbozo de un relato, aunque en el libro no se le concedía mucho espacio, ni se le daba importancia: que su asesino, James Earl Ray, cuando estaba huyendo, pasó diez días en Lisboa (*Cómo la sombra que se va* [2014]: 405).

0. Así, con los detalles mínimos que pasan inadvertidos para los demás, es como se construyen las grandes historias. Antonio Muñoz Molina (Úbeda [Jaén], 1956; en adelante AMM), Miembro de la Real Academia Española y Premio Príncipe de Asturias de las Letras, es un destacado narrador en el panorama de la literatura escrita en español. Su novela *Como la sombra que se va* (2014) se publica cuando aún vive en Nueva York, de donde se va definitivamente en 2015, ya puesta la mirada en su nueva residencia, de vuelta a Europa, en concreto a Lisboa. Hasta el momento es su incursión narrativa más profunda en la historia norteamericana. La circunstancia del paso del asesino de Martin Luther King por la capital portuguesa, en su huida de la justicia, le sirve a AMM de excusa para montar una historia entrelazada entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Es James Earl Ray como podrían ser muchos otros los que huyen, pero también los que llegan por distintos motivos (salvando las distancias, el propio AMM es ejemplo de lo uno y de lo otro). En mi ponencia pretendo mostrar varios ejemplos representativos de este flujo o intercambio migracional, así como contextualizarlos, hasta extraer como conclusión el protagonismo de Estados Unidos al erigirse en territorio clave donde se hilvanan sus historias de arribos, huidas y regresos o presenciamos ceremonias catárticas, del yo del propio autor así como de sus personajes.

1. En la recién editada *Diez horas con Antonio Muñoz Molina* (2022), el escritor le comenta a su entrevistador: «[H]ay que ver cuántas cosas parecidas hay entre Lisboa y Nueva York» (134). El matrimonio Muñoz Molina - Lindo se traslada a la capital lusa,

después de haber estado once años, de 2004 a 2015, en la Gran Manzana y siempre con Madrid como comodín en todo este trasiego residencial. AMM conocía la historia de Ray a partir de la lectura de *Hellhound on his Trail* (2010) (*Como la sombra que se va* [2014]: 529). Decidió entonces emprender su narración: «Elvira Lindo viajó conmigo a Lisboa y a Memphis, haciendo fotos de todo, señalándome cosas, alentándome en la búsqueda y en la escritura» (531). La ciudad portuguesa ya la conocía, después de su viaje iniciático de tres días en enero de 1987, a fin de documentarse para *El invierno en Lisboa* (1987). Lo cuenta el propio autor en *Como la sombra que se va* (2014), en una especie de confesión desgarradora por la escabrosidad con que se pueden calificar los detalles narrados. La obra se publicó en 2014, pero el descubrimiento del parecido entre ambas metrópolis que advierte AMM se produce, o al menos es publicitado, mucho después, cuando el matrimonio ya vive en la capital lusa:

Llevábamos unos meses allí y yo decía: hay que ver cuántas cosas parecidas hay entre Lisboa y Nueva York. En Nueva York corría por la orilla del Hudson y en Lisboa corría por la orilla del Tajo; en Nueva York veía a lo lejos el puente George Washington y en Lisboa veía el puente 25 de Abril. Y tanto en Lisboa como en Nueva York los aviones pasaban por encima del río. Estaba dándole vueltas a todo eso porque, además, el apartamento que nosotros habíamos habitado en Lisboa tenía los muebles y todas las cosas del apartamento que habíamos tenido en Nueva York. Era casi una reproducción de aquella otra vida en esta, y eso rondaba por mi cabeza. Un día, mientras corría, se me ocurrió una frase: «Me he instalado en esta ciudad para esperar en ella el fin del mundo». Cuando llegué al apartamento la escribí como el principio de algo, pero no sabía de qué (*Diez horas con Antonio Muñoz Molina* [2022]: 134).

Es el comienzo de *Tus pasos en la escalera* (2019). No obstante, en *Como la sombra que se va* (2014) se puede vislumbrar la asociación: «La corriente del Tajo tiene un resplandor oleoso en la noche sin luna. La silueta punteada de luces del puente 25 de Abril me hace acordarme del puente George Washington de noche, sobre la amplitud oscura del Hudson» (404). Puede comprobarse cómo es en lo líquido donde se encuentran las coincidencias, que se extienden no sólo a Nueva York: Al hablar de la humedad lisboeta, AMM la describe como «llena de olores, parecida a la de Nueva Orleans o Saint

Louis, o Memphis» (22-23).¹ Es la ciudad del estado de Tennessee, con tranvías que suenan muy parecidos a los de Lisboa (511), donde se cometió el magnicidio. Lisboa iba a ser aprovechada por Ray como plataforma de lanzamiento para su huida definitiva a Angola, por aquel entonces colonia africana inmersa en plena guerra por su independencia de Portugal, muy lejos de Estados Unidos.² Es decir, justo al contrario de lo que supone para AMM: el *locus amœnus*, el refugio plácido, idóneo para pasar allí la última etapa de su vida: «Me he instalado en esta ciudad para esperar en ella el fin del mundo» (2019: 9).³

¹ Pero también a Ray le recuerda Lisboa muchos lugares de Estados Unidos: El narrador describe cómo el prófugo «[b]uscaba con la vista a algún marinero borracho que anduviera solo, que se perdiera en un callejón sin nadie, al que no costara nada robarle la cartera y la documentación. Era como estar en Montreal, en Saint Louis, en Nueva Orleans, una espesura parecida, una jungla de olores y presencias humanas, una promesa de disipación y viajes y nombres de barcos y de ciudades que volvía verosímiles las mentiras más queridas» (120). Las mentiras aluden a las múltiples identidades y ocupaciones que asume en su huida de la justicia. Y más adelante: «Se quedaba inmóvil, de espaldas a la plaza, mirando el río y oliéndolo, acordándose del Mississippi, hechizado por la semejanza, el horizonte llano y verde al otro lado, el puente a la derecha y a lo lejos, como en Memphis, la misma calina violeta, los buques lentos que pasaban» (292-293).

² Puede ejemplificarse el recurso de la capital como plataforma en pasajes como el siguiente: «Desde Lisboa le sería más fácil saltar a esas zonas del mapa de África que vienen en los periódicos ilustrando noticias de revoluciones o de guerras civiles, de mercenarios blancos luchando en guerras coloniales, nombres poderosos, llenos de vocales rotundas, Angola, Biafra, el Congo, Rhodesia, bravos soldados de fortuna con uniformes de camuflaje y boinas ladeadas que lo acogerán como un héroe cuando sepan quién es, cuál fue su proeza. En un libro de geografía que leyó en la cárcel se aprendió de memoria los nombres de las colonias portuguesas» (110).

³ La sentencia es la culminación de múltiples justificaciones y manifestaciones de la ataraxia. Antes —en su primer viaje, que en la novela recrea— le sirvió como a Ray de lugar de huida, en este caso de la familia y del trabajo que dejó momentáneamente: «No pensaba en mi mujer agobiada con los dos niños, ni en mi hijo de tres años y medio ni en el que ese mismo día iba a cumplir un mes, ni en el trabajo al que debería incorporarme

2. Ray pasa por los lugares lisboetas precipitadamente, a diferencia del novelista, que se recrea en ellos. Está instalado en la capital lusa junto con su esposa, sin haber dejado aún del todo los Estados Unidos. AMM escribe la novela a caballo entre Lisboa, materializando su deseo de vivir allí, y Nueva York: «[A]hora, esta misma tarde, ahora mismo, un anochecer de principios de febrero de 2014, delante de una ventana que da a una calle nevada de Nueva York» (*Como la sombra que se va* [2014]: 259). Es circunstancia propicia para que el matrimonio visitara los lugares donde estuvo Ray en Memphis: hoteles, clubes, calles, plazas... Han salido en avión desde Newark. Antonio se documenta para la novela; Elvira fotografía, escribe y el resultado es *Memphis-Lisboa* (2014). A partir del capítulo 24 hasta el 26 AMM se centra en la historia del asesinato, recreada por su presencia en Memphis, en los mismos lugares donde se produjo: «He buscado su rastro en Lisboa y ahora lo busco en Memphis» (431). Los espacios míticos del acontecimiento trágico: el New Rebel Motel y la habitación 5b, desde donde Ray disparó la fatídica bala; el Lorraine Motel, ahora convertido en Museo de los Derechos Civiles, después de producirse allí el asesinato del líder negro, en la habitación 306, el 4 de abril de 1968. A la obligación, por parte del criminal, de abandonar el país para escapar de la justicia se contrapone la estancia voluntaria de AMM. Estados Unidos, que ha sido

al cabo de sólo tres días, en Granada» (155). «Iba a cumplir treinta y un años y nunca había tenido una sensación tan plena de respirar en libertad, de estar volcándome del todo en mi vocación y mi capricho, en lo que tanto me gustaba y tan poca ocasión había tenido de hacer, andar solo por ahí, explorar por mi cuenta una ciudad extranjera, hospitalaria para mí y afín a mis inclinaciones desde el momento en que la pisé» (160). Pronto se dio cuenta de que el trato de sus gentes o la dulzura del idioma le harían sentirse a gusto: «camareros de uniforme que lo atendían a uno con una cortesía reservada y experta, una amabilidad cordial que acentuaba el placer de la comida» (161). Y así hasta llegar al tiempo de elaboración de *Como la sombra que se va* (2014): «A mí no me había costado nada acostumbrarme a los modales portugueses, al tono amortiguado y educado de las voces» (242). Es con esta placidez con la que se reconcilia con los demonios familiares del pasado, toda vez que ha cumplido ya su sueño vocacional. En la novela narra su encuentro con su hijo Arturo, que también vive en la capital lusa: «Yo fui durante tres días un transeúnte extranjero en Lisboa y mi hijo vive y trabaja en la ciudad y estudia el idioma» (400).

lugar de acogida para millones de hijos adoptivos a lo largo de su historia, se convierte ahora en madre que castiga a sus hijos naturales, tratando de aplicar en ellos todo el peso de la ley. AMM se beneficia de la receptividad estadounidense, a la que ha alabado antes en *Sefarad* (2001). El matrimonio va y viene al país norteamericano a placer. Ray, por contra, huye de uno de los baluartes sobre los que se sostiene el sistema. Lisboa es capital de paso, a la espera de poder volar hasta Angola.⁴ El país africano parece convertirse así en territorio de acogida de desterrados, huidos de la justicia, como tantos otros lugares míticos ensalzados por románticos y apátridas:

[L]legó a un muelle en el que una hilera de vagonetas se deslizaba hacia una bodega abierta en el costado de un buque. En la proa estaba escrito en letras blancas un nombre: *Minerva Zoe*. Un oficial de pelo rapado y rubio, casi blanco, le dijo en inglés que estaba previsto que zarpara tres días después hacia Angola. [...] Había una guerra, aunque los periódicos en Portugal casi no hablaban sobre

⁴ Al carácter reservado, por su propia condición y por su sino, del protagonista habría que sumar las trabas de la comunicación en Lisboa (Ray no sabía portugués, idioma que parecía más murmurado que hablado), con numerosos ejemplos que quizás convenga estudiar en otra ocasión. He aquí algunos de ellos: «Entender aquí a la gente, hacerse entender por ella, era un tormento, un fastidio, una sucesión de malentendidos y rodeos, de gestos, de palabras sueltas que no significaban nada. Esa gente hablaba con palabras oscuras que apenas salían de los labios y pocas veces miraba a la cara. Era como haber llegado a otro planeta. Ni siquiera entendía el nombre de la ciudad cuando la decían ellos. Las palabras se abreviaban antes de tiempo en un susurro» (35). «La gente hablaba murmurando en su idioma incomprensible» (113; *vid.* también 113-114). «El camarero se acercó con una bandeja plateada en la mano y le dijo sonriendo algo de lo que no comprendió ni una palabra. [...] Dijo “café”. Volvió a decir “café” cuando el camarero le respondió con una frase murmurada en la que no se podía distinguir el contorno de una sola palabra. Sólo más tarde comprendió que le había hablado o intentado hablar en inglés» (116). En el siguiente ejemplo, quien escucha ahora el idioma murmurado es el propio autor: «el idioma tenía una equivalencia acústica con la luz: un volumen mucho más bajo que en España, un tono murmurado, muy familiar y al mismo tiempo indescifrable, de vocales como evaporadas al final de las palabras» (154).

ella o contaran sólo victorias, una guerra cruel y sanguinaria, *a most vicious bloody war* (*Como la sombra que se va* [2014]: 217).

El escritor enumera en sus novelas los topónimos que le resultan fascinantes. En este caso, dice «en voz alta los nombres de lugares que estoy viendo con mis propios ojos por primera vez, que ya han dejado de ser palabras relucientes de la literatura: Memphis, Tennessee, Mississippi, Arkansas» (431). Lisboa favorece la recurrente alusión al exotismo y la sensualidad de los nombres, ahora reforzada por la querencia de Ray por esta nombradía.⁵ Lo hemos visto con los nombres de barcos y de ciudades (*vid.* n. 1), en los que se insiste en este pasaje: «Hojeaba el periódico portugués para ver la cartelera de cine y la información sobre llegadas y salidas de barcos. [...] Vio una película de mercenarios blancos en África que se titulaba *Último tren a Katanga*. Leía en voz alta nombres de barcos, puntos de destino, puertos de parada en las travesías. Moçambique, India, Beira, Sofala, Angola, Luanda, Patria, Infante Dom Henrique, Veracruz. Luego reconocía algunos de esos nombres en sus caminatas por los muelles, pintados en letras blancas en el costado de las proas» (227-228). Y sucede con los bares, que «brillan con sus garabatos de neón en la lejanía del tiempo, como en bruma ligera de una noche de Lisboa, con sus nombres sonoros y exóticos, apagándose y encendiéndose, como son las intermitencias de un código secreto: Arizona Bar, Niagara Bar, California Bar, Europa Bar, Bolero Bar, Tagide Nighclub, Maxine's» (148-149). Son lugares lejanos, babilonias con puerto, aptos para misántropos, maleantes y huidos de la justicia: «La palabra Angola es excitante, como la palabra Rhodesia o la palabra Moçambique. [...] En las calles umbrías a la espalda del puerto los bares de marineros y de putas tenían nombres de ciudades de países lejanos, o de estados de América. La lista diaria de nombres de barcos que llegaban al puerto o zarpaban de él y la de lugares de destino y puertos de tránsito desataban su imaginación como cuando intentaba pronunciar los nombres en los viejos

⁵ Manifestada desde su etapa escolar: «En la escuela a la maestra le sorprendía que él supiera nombres de países y de capitales y fechas de acontecimientos históricos y alturas de montañas. [...] En Sudáfrica están las minas de oro y diamantes más ricas del mundo y se pagan sueldos muy altos a hombres blancos expertos en el manejo de armas de fuego para que vigilen a los mineros negros. En Biafra o el Congo un mercenario blanco es un héroe, un soldado de fortuna» (32-33).

mapas de hule cuarteado de la escuela: Moçambique, India, Beira, Sofala, Angola, Luanda, Veracruz» (40).

3. AMM consigue con *Como la sombra que se va* (2014) la que hasta ahora constituye su más profunda incursión en la geografía y en la historia estadounidenses. Los lugares donde distintos testigos dicen haber visto a James Earl Ray le sirven al autor para trazar una ruta imaginaria: Las Vegas, Americus, Brooklyn, Tampa, Jacksonville, Miami, Arkansas, Ohio, Houston, Tucson, Belle Glade.... Pero luego está la real: Birmingham (donde compró, el 29 de marzo, el rifle modelo 760 Gamemaster calibre 30.06 con una mira telescópica Redfield con que mataría a King), Chicago, Los Angeles, Nueva Orleans... Con sus múltiples identidades y oficios recorre los estados sureños de Alabama, Mississippi, Tennessee, Louisiana, Texas... La labor documental que el novelista desarrolló para su obra queda patente en la minuciosa descripción y secuenciación de los hechos:

El 18 de marzo, lunes, se marchó de Los Angeles. Ahora atravesaba el país de oeste a este, en una trayectoria de dilatado regreso: Arizona, Nuevo México, Texas, Louisiana, Mississippi, Alabama, Georgia, Tennessee por fin, Memphis (192).

Entre las cosas que Ray dejó en la habitación de la casa de huéspedes de Atlanta había mapas del sudeste de Estados Unidos, de Texas, de Oklahoma, de México, de Louisiana, de Los Angeles, de California, de Arizona, de Nuevo México y de Birmingham, todos ellos conseguidos gratis en estaciones de servicio (524).

La inmersión de AMM en la historia reciente de Estados Unidos, en lo que al racismo y su lucha por la igualdad se refiere, viene dada –más que por una concienciación del problema, que sin duda es mayor *a posteriori*– a partir de las estancias y la presencia física en los escenarios de su obra (antes Lisboa, ahora Memphis), a fin de recrear las vidas de sus personajes. El cierre de su novela transcurre en la ciudad sureña. Su visita a la habitación 5b del New Rebel Motel y al Museo de los Derechos Civiles le valen para repasar una serie de episodios reivindicativos en la carrera en pos de la igualdad entre blancos y negros, que cobran vigencia más que nunca por los acontecimientos que

estamos actualmente presenciando: acoso policial, xenofobia, movimientos como Black Lives Matter..., hasta el punto de que descripciones como la siguiente parecen ser por desgracia atemporales:

En los noticiarios de la televisión se veían las ciudades americanas iluminadas de noche por los incendios de las revueltas. A la luz del fuego brillaban las caras oscuras de los negros que rompían a pedradas y con bates de béisbol los escaparates de las tiendas y salían de ellas cargados con el fruto de sus saqueos, corriendo por aceras cubiertas de cristales rotos en las que ardían coches aparcados (26).

Se suceden así hitos como el de Rose Parks y su mítico autobús; el incendio de aquel donde viajaban los Viajeros de la Libertad en mayo de 1961; los establecimientos segregados; el Ku Klux Klan; la quema de cruces; los policías con sus porras y tásers; los perros rabiosos ladrándoles a los indefensos; la marcha de los pobres en dirección a Washington; el famoso paso por el río Alabama; la celda donde estuvo recluido Martin Luther King en Birmingham (personaje descrito con sus luces y sus sombras)... Réplicas todas ellas de un pasado que no ha pasado del todo y que se exhibe más a modo de parque temático que de revulsivo para las conciencias: «Un grupo de escolares juegan a entrar y salir de la celda, a quedarse encerrados, a sacar las manos extendidas en ademanes de súplica entre los barrotes. Se turnan para hacerse fotografías los unos a los otros, las caras contra la reja, muertos de risa» (446).

Primeras ediciones de las obras de AMM citadas en el texto

El invierno en Lisboa (1987). Barcelona: Seix Barral.

Sefarad. Una novela de novelas (2001). Barcelona: Seix Barral.

Como la sombra que se va (2014). Barcelona: Seix Barral.

Tus pasos en la escalera (2019). Barcelona: Seix Barral.

Otras obras citadas

Diez horas con Antonio Muñoz Molina (2022). Madrid: La Fábrica.

Lindo, Elvira (2014): *Memphis-Lisboa*. Madrid: Oficio.

Sides, Hampton (2010): *Hellhound on his Trail. The Stalking of Martin Luther King Jr. and the International Hunt for his Assassin*. London: Allen Lane.